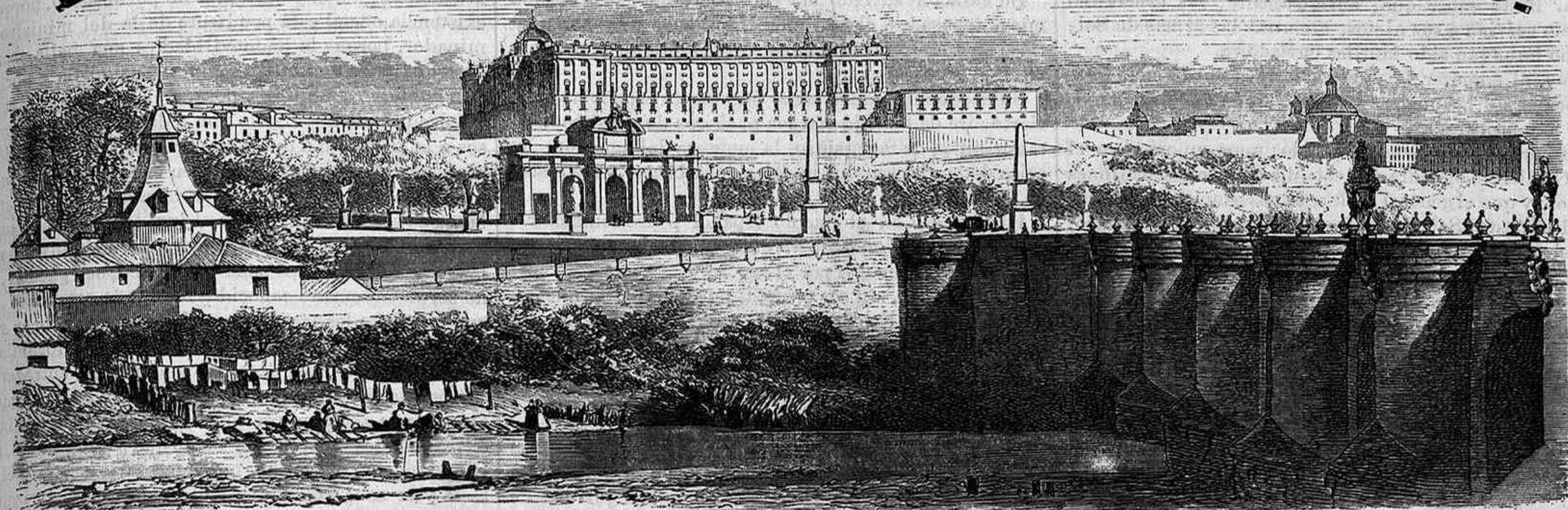


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 27 DE JULIO DE 1870.

NÚM. 14

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. J. Efebé.—El Jurado en Portugal, por D. Gonzalo Calvo Asensio.—Ejército español. Ingenieros, por D. Eduardo de Mariátegui.—Tradiciones gallegas. La compañía, por D. J. de Dios de la Rada y Delgado.—Revista de los trabajos de las Academias y Sociedades científicas, económicas y literarias, por D. Florencio Janér.—Marruecos, por D. Antonio de San Martín.—Cántiga (poesía), por D. J. Tomeo y Benedicto.—Armonías íntimas (poesía), por D. Manuel del Palacio.—En el cuerpo de un amigo, novela diabólica (continuación), por D. José Fernández Bremon.—D. Segismundo Moret y Prendergast, actual ministro de Ultramar, por B.—Costumbres del siglo XVII. El corral de las comedias (continuación), por D. Julio Monreal.—Un grande hombre desconocido, por D. Salvador María Granés.—La ciudad de Gerona ofreciendo el laurel de la inmortalidad a los mártires de la independencia. Estatua del Sr. D. Juan Figueras, para el sepulcro de D. Mariano Álvarez de Castro.—Inauguración de los trabajos del canal de Cinco Villas en Aragón.—El brigadier Chinchilla.

GRABADOS.—El brigadier Chinchilla, dibujo de D. A. Perea.—Inauguración de los trabajos del canal de Cinco Villas en Aragón. Acto de colocar la primera piedra, dibujo del Sr. Pradilla.—Llegada de los invitados, dibujo del Sr. Becquer.—Don Segismundo Moret y Prendergast, actual ministro de Ultramar, de una fotografía del Sr. Laurent.—La ciudad de Gerona. Estatua del Sr. Figueras, para el sepulcro de D. Mariano Álvarez de Castro, de una fotografía del mismo.—El ejército español. Ingenieros, fotografía del mismo.—Estatua de D. José I en la Plaza del Comercio de Lisboa, de una fotografía portuguesa.—El aguador ambulante. Tipo marroquí, dibujo de D. Valeriano Becquer.—Un arrabal de la ciudad de Marruecos, dibujo del mismo.—Jeroglífico.

ECOS.

Es indispensable, sopena de no ser leído, empezar esta sección del periódico discutiendo acerca de la guerra. La curiosidad pública, desviándose de toda clase de asuntos, se ha fijado con voluptuosidad en el espectáculo heroico de dos grandes potencias que tratan de hacer de Europa un campo de batalla. No se crea que censuro la lucha, ni la avidez con que todo el mundo se ocupa de sus detalles: antes bien hallo tan natural

aquello como esto; sólo a fuerza de cavilaciones comprendió el hombre que los dedos podían manejar el estilo ó la pluma para escribir las ideas; seguro estoy de que la rama del primer árbol indicó al primer hombre la conveniencia de armarse de un garrote. O lo que es lo mismo: mucho antes de que el género humano concibiese la idea de que es un deber ilustrar á sus semejantes, el hombre se había abandonado con frecuencia al placer de moler á pálos á su prójimo. Y antes que á los filósofos aplaudieron los pueblos á los conquistadores, lo

cual se explica considerando que el pensamiento más agudo no tiene la agudeza de una lanza.

Hechas estas reflexiones, quedan justificadas la curiosidad pública y el duelo magnífico que se prepara entre el emperador Napoleon y el rey Guillermo. Toda idea civilizadora y pacífica es artificial y efecto de la educación; los instintos belicosos son naturales en el hombre. Hasta el inglés más sensato y prudente, á quien un excesivo amor á sus quijadas y una desconfianza aún mayor en sus puños le impiden dedicarse al pugilato, gasta sus chelines en ver cómo boxean dos atletas, y aplaude con entusiasmo cada golpe que hunde un pecho y cada mojicon que salta un ojo.

Dos pilluelos pelean en medio de una plaza; el impulso natural de los transeuntes es formar corro y disfrutar con alegría de aquel honesto espectáculo; si algún filántropo se interpone entre los beligerantes, seguramente gana la mala voluntad de todo el público. Pues bien: Francia y Prusia se han echado el sombrero hácia atrás y se enseñan los puños. La consecuencia es lógica. Europa ha formado corro frotándose las manos.

Bien es verdad que, aparte del deseo de contemplar la lucha por ser lucha, hay un interés científico en presenciársela. Desde el garrote rudimentario hasta la bomba asfixiante, el hombre ha perfeccionado paso á paso los útiles de guerra. A la raza de acebuche fué preciso añadirle una punta de pedernal para agujerear al enemigo, á lo cual casi se redujo la industria del hombre prehistórico: las primitivas lanzas no penetraban bien en el cuerpo humano, y hubo de sustituirse la piedra con el hierro; era irritante ver á un rival presentarse muy erguido, y se inventó la maza para aplastarle la cabeza y el hacha para derribar sus brazos; no contento el hombre aún inventó la medicina; subióse sobre los lomos del caballo para atropellar al enemigo y huir mejor en caso necesario, y pareciendo buenos todos los medios de causar daño, el guerrero hizo alianza con el elefante, convirtiéndole en máquina de guerra; la ex-



EL BRIGADIER CHINCHILLA.

siástico, profesor de instruccion primaria, tener más de sesenta y cinco años, ó impedimento físico ó moral, que imposibilite el ejercicio de sus respectivas funciones, etc., etc.

El jurado en materia civil es de libre eleccion de las partes, que es, en mi sentir, el único temperamento racional que la ley por la que se establezca en España, si esto sucede alguna vez, debe adoptar.

Donde el jurado es esencialmente indispensable, y más que en otro país en España, por su vicioso procedimiento expuesto á todo linaje de errores, y muy apto para que fácilmente sea falseada la verdad de los hechos, es en materias criminales, acerca de las que no reconozco criterio más seguro y ménos dado á preocupaciones y rutinas que el puramente racional, por más que esto no quiera decir que, en caso alguno, le tenga en ménos ó le supedita al legal que de él parte, en él se origina, y sólo puede ser considerado y atendido cuando con él conforma.

El tribunal se compone de nueve jurados y un sustituto; pueden sin causa justificada ser recusados tres jurados por la acusacion y tres por la defensa. El presidente del jurado es el primer nombrado, mas puede ser elegido otro por mayoría de votos; por mayoría absoluta también se pronuncia el fallo. Los jurados son también competentes para decidir sobre daños y perjuicios. Durante las deliberaciones los jurados están incómunica-dos; mas como haya necesidad de suspender la sesion para otro día, no se sigue la práctica que los cánones prescriben para el *cónclave* durante la eleccion de pontífice, atacando por hambre y sed á los cardenales, medida muy de tomar con todo rigor tratándose de sotas cortas y largas, como diria cierto célebre y bravo orador, por ser la única que en ellas ejerce indiscutible influjo, sino que se les deja en libertad, para que á la sesion siguiente continúen sus trabajos. Las fórmulas que emplean en los asuntos criminales, segun está ó no probado el hecho, son: "por mayoría ó unanimidad el crimen de que el reo... es acusado, no está probado"; ó "por mayoría ó unanimidad el crimen de que el reo... es acusado, está probado con todas, con alguna, ó sin ninguna de las circunstancias agravantes"; y lo mismo respecto á las atenuantes. En las acusaciones sobre tentativa la fórmula es: "la tentativa del crimen... está probada, porque probado está que hubo tal principio de ejecucion, suspendida por circunstancias (las que sean) independientes de la voluntad del reo".

Los jurados tienen deber ineludible de asistir á la vista, y sólo por enfermedad ó graves asuntos comprobados pueden escusar legalmente la falta de su presencia, siempre que aleguen el impedimento tres días ántes, ó si es repentino, despues de celebrada. Si las escusas alegadas son falsas, se condena á el jurado con multa de 10 á 50.000 reis, y si no las presenta y no comparece á llenar sus deberes, sufre la pena de prision por un mes; si se le prueba haber sido corrompido al dar su fallo ó absolutorio ó condenatorio, la pena es de cadena de tres á quince años.

Prescindamos de los jurados, misto, compuesto de nacionales y extranjeros, de imprenta, incomprensible de todo punto, y comercial, inútil por todo extremo, por cuanto no comprendemos la razon de legislaciones, procedimientos y tribunales ocasionados por los asuntos que dirimen, y fijándonos sólo en el acto de la vista en el tribunal de la *Boa-Flora*, robusteceremos más y más el convencimiento de la necesidad del establecimiento de tan importante institucion.

En un salon grande, espacioso, capaz para contener numeroso público, á diferencia de las salas mezquinas, estrechas, sin lugar para la gente lega de las audiencias y juzgados de España, sin ostentacion, ni doseles, ni coronas, ni cortinajes á manera de templo, ni plataformas para el tribunal dispuestas á guisa de altar, con unas modestas sillas separadas de el sitio destinado á el pueblo por una baranda para los jurados, un sillón poco más elevado y una mesa para el juez de derecho, y dos tribunas, una para la acusacion y otra para la defensa, celebranse pública y solemnemente esos juicios importantísimos, donde se debaten las más trascendentales cuestiones ante el recto criterio de la razon desapasionada y la sana conciencia. Allí no hay nada que retraiga ó imponga; todo allí representa la imparcialidad de la justicia; no la severidad preconcebida de las venganzas jurídicas, ó las simulaciones de la contemplacion al poder. El reo oye á los testigos de cargo y descargo, contesta él mismo á la demanda de los jurados, puede defenderse y atacar, no se le reduce á la condicion de víctima sometida á la fuerza del verdugo, sino de acusado á quien la ley ampara, para más tarde, ó absolverle, ó hacerle purgar su delito. Y cuando despues de las declaraciones testimoniales y periciales, si son menester, el

público ha formado su opinion, y el jurado ha ido apreciando en todo lo que valen los accidentes del negocio, la acusacion y la defensa terminan el acto, dejando á los jueces, *no sabidores del derecho*, pero llenos en su conciencia de la santa idea de la justicia, entregados á su razon y á su criterio, bajo el fallo que el pueblo ha dejado mostrar bien á las claras, que no es nunca ni inicuo, ni absurdo, ni criminalmente monstruoso.

Dadas todas estas circunstancias, con todas estas diferentes condiciones, que como que estrechan en el círculo del deber á los jurados, haciendo imposible toda prevaricacion que no sea herida por la luz y esparcida á los cuatro vientos por la publicidad, ¿hay razon para dudar de la eficacia de una institucion que no nace y se desarrolla sino en los períodos de libertad, y que no obedece á otros móviles que no sean la rectitud de la conciencia y el cumplimiento estricto del deber de la conciencia?

Sin el jurado, ya lo hemos dicho, no hay verdadera garantía para los ciudadanos; él asegura su honra, defendiendo su vida y hacienda; sin él el poder es invencible; con él nada vale si no le ampara la justicia, y ¿cómo no, si es una institucion que no cabe, ni vive, ni desarrollarse y prosperar puede, si la libertad no la vivifica? ¿Y cómo no, si ella cumple en la esfera de los hechos la máxima de la igualdad ante la ley, viniendo á ser un verdadero seguro de la igualdad ante la rectitud y la honradez?

Por eso su establecimiento en España es necesario, lo mismo para satisfacer una necesidad de la libertad, como para salir de una vez para siempre de la tutoría nada desinteresada de la curia, y de ese absurdo y laberíntico procedimiento de dilaciones, fórmulas ridículas é inexactitudes dañosas, con el que jamás se llega á la verdad, ni se reconoce el delito, para obtener el triunfo señaladísimo y no perdurable del juicio oral, sin el que las declaraciones son una mentira, y los hechos se desfiguran, abultándolos en contra ó en pró, segun á determinados intereses conviene, no muy bien avenidos en general con la justicia.

G. CALVO ASENSIO.

EJÉRCITO ESPAÑOL.

INGENIEROS.

La idea de rodear las ciudades con un obstáculo cualquiera que dificultara su acceso á los enemigos vecinos, es tan antigua como las primeras ciudades que fundaron los pueblos agricultores; estos primitivos y rudos medios de defensa llegaron en la Edad Media á convertirse en verdaderas obras del arte arquitectónico, y desde los últimos años del siglo xv dieron origen á una ciencia de las más importantes del arte de la guerra, y á la consiguiente necesidad en los ejércitos de hombres especiales versados en ella para construir las modernas fortificaciones. Las ordenanzas municipales de nuestras ciudades, hasta muy entrado el siglo xvi, mencionan aún entre las obligaciones de los alarifes la muy principal de conservar y entretener los muros en perfecto estado de defensa, y numerosos documentos de los archivos de Castilla y Aragon nos enseñan los fondos que se arbitaban para construir ó reparar las fortificaciones y los nombres de los maestros que dirigian las obras militares y que se designaban con las denominaciones de maestros mayores de fortificacion, arquitectos militares, y capitanes á cercos, de trincheras ó de azadoneros.

Generalizado el uso de la pólvora, el ataque adquirió en el siglo xv una superioridad notable sobre la defensa, cuyos débiles muros ni podian resistir á los nuevos proyectiles ni presentaban emplazamiento cómodo y capaz para la artillería; esta superioridad duró poco: los muros se reforzaron, aumentando el diámetro de las torres y disminuyendo la elevacion de las defensas; por fin en 1527 publicó Alberto Durero su obra de fortificacion, y desde entónces empezó ésta á separarse á grandes pasos de la arquitectura, formando una rama especial de los conocimientos humanos.

Durante el siglo xvi aparecieron nuevos elementos defensivos, efectuándose por completo la separacion de artilleros é ingenieros, quedando reservado á los primeros la construccion y manejo de los nuevos y poderosos medios de ataque y á los segundos la construccion y expugnacion de las fortalezas. Estos, que no siempre tenían carácter militar, se reclutaban en España é Italia, y los nombres de Pedro Navarro, Benedicto de Rábena (que fué el primero que usó en España el título de ingeniero), Luis Pizano, Calvi, los Antonellis, el Fratin, Cristóbal de Rojas, Leonardo Turriano, Juan Cedillo y

tantos otros célebres, demuestran la merecida fama que alcanzaron en Europa los ingenieros españoles del siglo xvi, tanto en la construccion y reforma de las numerosas fortificaciones que existian en nuestros dilatados dominios, como en los frecuentes sitios á que daban lugar nuestras guerras en Italia, Flandes y Africa, sin descuidar alguno de ellos la publicacion de obras didácticas sobre la materia.

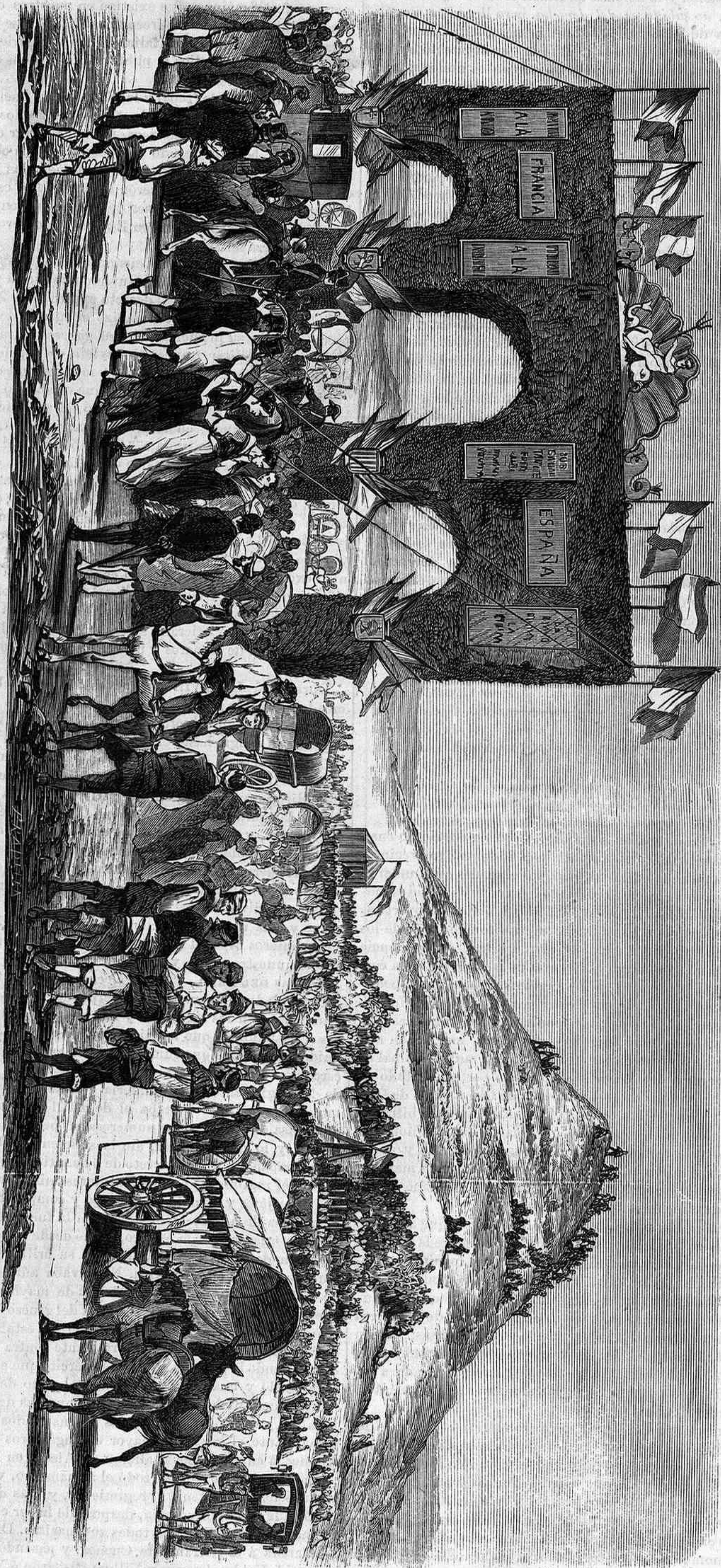
El sitio de Ostende (1604) y las defensas de Fuenterrabía (1638) y de Gerona (1684) bastarian por sí solos, si no abundasen los datos históricos, para demostrar el alto punto á que habian llegado entre nosotros los conocimientos de la ciencia de fortificar y defender las plazas en el siglo xvii, y de que dieron los ingenieros españoles buena prueba en los numerosos sitios que en Flandes, Italia, y especialmente en España, ocurrieron durante la guerra de Sucesion.

Ni los salarios, sueldos ó pensiones de los ingenieros, ni su entrada en el servicio, estuvieron sujetos á un sistema fijo, hasta que por real decreto expedido en Zaragoza á 17 de abril de 1711 se organizó el cuerpo de ingenieros, siendo su primer ingeniero general el marqués de Verboon, militar francés al servicio de España desde 1692, y uno de los ingenieros más insignes de su época. Esta primera organizacion, que estableció las diferentes clases de ingenieros en jefe ó de provincia, ingenieros en segundo, en tercero y designadores, sufrió varias modificaciones, y en 1774 se subdividió el cuerpo en cuatro secciones tituladas de obras militares, en plazas y campaña y de geografía; de edificios civiles y caminos; de hidráulica y de maestros de academias; organizacion que desapareció en 1797, y finalmente en 11 de julio de 1803 se publicó la ordenanza de ingenieros hoy vigente con algunas modificaciones, y en la cual se ponian exclusivamente á cargo del cuerpo las obras de fortificacion, ataque y defensa, y las de los edificios militares, cualquiera que fuese la procedencia de los fondos que en ellos se invirtieran; se creaba una escuela especial en Alcalá de Henares y un regimiento de tropas del arma.

Durante el siglo xviii los nuevos oficiales del recién creado cuerpo de ingenieros siguieron con gloria las tradiciones de sus antecesores en los siglos xvi y xvii, prodigando su sangre hasta el punto de que sólo en el sitio de la ciudadela de Mesina (1718) hubo diez y nueve oficiales de ingenieros muertos ó heridos. En este mismo siglo dirigieron los ingenieros militares casi la totalidad de las obras públicas emprendidas en la Península y Ultramar, y publicaron varios de ellos libros didácticos muy notables sobre diferentes puntos de la profesion. La guerra de la Independencia, la de los Siete años y la de Africa han servido en nuestro siglo para crear entre los individuos del cuerpo un espíritu de compañerismo y una noble emulacion, á los que debe el cuerpo de ingenieros español el justo y merecido renombre que goza en nuestra patria y en el extranjero.

TROPAS DEL ARMA. Para la ejecucion de los trabajos encomendados en campaña al cuerpo de ingenieros solian crearse en los siglos xv y xvi cuerpos de azadoneros ó gastadores, que se disolvian pasada la ocasion; unidos éstos á los que suministraba la artillería, y más cerca de nosotros á las escuadras de gastadores sacadas de los regimientos de infantería y á las compañías de minadores con que contaba el de artillería, formaban una masa de trabajadores numerosa sí, pero sin organizacion, y lo que era peor, sin la suficiente instruccion para campaña. Por real decreto de 5 de setiembre de 1802 se creó el regimiento real de zapadores-minadores mandado por jefes y oficiales del cuerpo y compuesto de dos batallones de á cinco compañías con la fuerza de 1.275 plazas. Organizado con esmero, llamó desde su origen la atencion de todos los militares por su brillantez, instruccion y excelente espíritu. No llevaba aún seis años de vida, cuando en la noche del 23 de mayo de 1808, apesar de encontrarse á cinco leguas del grueso del ejército francés la fuerza de el regimiento que estaba en Alcalá de Henares, se declaró abiertamente contra los franceses, siendo la primera fuerza del ejército que en cuerpo organizado y unánime lanzó al aire el grito de guerra. Se componia dicha fuerza de dos compañías del primer batallon y cuatrocientos reclutas ya instruidos y era su comandante el sargento mayor de ingenieros D. José Veguer, á cuyas órdenes salieron de Alcalá en la citada noche, llevándose consigo todo el armamento, vestuario y municiones que tenia el regimiento, y más de 75.000 duros que existian en caja, despues de haber entregado en mano á los individuos todas sus masitas. Dirigieron su marcha á la Serranía de Cuenca, y pasando por Almonacid, Valdecollenas y Villora, llegaron á Valencia, en cuya ciudad entraron triunfalmente el 7 de junio; la junta de Valencia les dió al día siguiente las gracias por

INAUGURACION DE LOS TRABAJOS DEL CANAL DE CINCO VILLAS EN ARAGON.—ACTO DE COLOCAR LA PRIMERA PIEDRA.



su patriotismo, instituyendo un escudo de distincion para todos ellos, condecoracion que despues se confundió con la creada en 16 de mayo de 1816 y que se designó con el nombre de *cruz de la fuga de los zapadores*. Con esta fuerza creó la junta valenciana un batallon de zapadores-minadores de cuatro compañías, que pronto se cubrió de gloria en las defensas de Zaragoza.

Durante la guerra de la Independencia fué preciso aumentar las tropas del arma, constando al acabar aquella de seis batallones, cuyos oficiales pertenecian al arma de infantería, excepto un ayudante por batallon, el comandante y el coronel, que eran oficiales del cuerpo. En 1814 se reorganizó el regimiento bajo el pié establecido por la ordenanza de 1803 y al año siguiente recibió nueva forma bajo la denominacion de *Regimiento real de zapadores, minadores, pontoneros*, componiéndose de tres batallones de á ocho compañías, una de ellas de pontoneros, otra de minadores y las seis restantes de zapadores; creóse ademas una compañía de tren afecta á cada batallon y mandadas todas por jefes de ingenieros y oficiales de infantería. Una compañía de cadetes admirablemente constituida formaba parte del regimiento disuelto en 1823, con tanta mayor violencia, cuanto más notoria habia sido su adhesion al sistema constitucional. Al año siguiente se reorganizó bajo el pié de los de artillería y con jefes y oficiales todos de ingenieros, debiendo constar de dos batallones, aunque por el pronto no se formó más que el primero.

Al estallar la guerra civil marcharon las compañías á campaña y en ella prestaron notables servicios, distinguiéndose lo mismo en el Norte que en el Centro, ya restableciendo puentes á viva fuerza como el de Luchana, cuya cortadura tenia 45 piés de largo, ya aplicando el minador á la escarpa enmedio del día y á pecho descubierta como en Aliaga, ya recomponiendo baterías bajo el fuego enemigo y á día claro como en Morella, ya en defensas como las de Bilbao y Maestú, ya en fin, formando la cabeza de las columnas de ataque, como en Solsona, Chiva y Mendigorria, demostrando una vez más la doble utilidad de estas tropas como obreros y como soldados de infantería. *Modelo de bravura* llamó el general Ayerve en el parte de la accion de Montalvan á la tercera compañía del primer batallon, y *muro de bronce* apellidó el general Oráa á la cuarta del mismo en la batalla de Chiva. Tantos y tales servicios prestaron las compañías de ingenieros en la guerra civil, que por real orden de 21 de Setiembre de 1847 se concedió á los batallones del regimiento para sus gloriosas banderas la corbata de la real y militar orden de San Fernando, no sin haberse previamente demostrado en juicio contradictorio todos los méritos contraídos individualmente por las compañías, y de los que son débil muestra los ántes citados.

El año 1842 se formó su tercer batallon con las quintas y sextas compañías de los que existian, y dos de nueva creacion, componiéndose el regimiento de tres batallones de seis compañías, cuya organizacion tenia aún en 1859 al emprender España la guerra de Africa. Catorce de las diez y ocho compañías pasaron el Estrecho, y asombra ver el número de metros cúbicos de tierra que removieron, abriendo caminos y fortificando puestos, sin dejar por eso de tomar el suyo en el combate cuando la necesidad lo reclamaba. Frescos están en todos los españoles los recuerdos de aquella campaña, en que si nuestro ejército se cubrió de gloria en Anghera, Castillejo, Tetuan y Wad-ras, el pueblo demostró con su entusiasmo y desprendimiento de lo que seria capaz en el caso, tal vez no remoto, de que nuestra integridad fuese amenazada.

La escasez de tropas de ingenieros que se habia hecho notar en las guerras de la Independencia y civil, volvió á conocerse en la de Africa, á cuya terminacion se formó el segundo regimiento con el antiguo tercer batallon y otro que se creó al efecto; con ligeras alteraciones, más bien administrativas que militares, ésta es hoy la organizacion de las tropas de ingenieros del ejército de la Península.

Un batallon de ocho compañías en Cuba, dos compañías de obreros en Filipinas y una en Puerto-Rico forman, con los dos regimientos antedichos, las treinta y cinco compañías de tropas del arma del ejército español, que las reconoce como modelo de valor y sobre todo de subordinacion y disciplina.

ACADEMIA ESPECIAL. En el mes de octubre de 1584 á instancia y suplicacion de Juan de Herrera se instituyó en Madrid una cátedra de matemáticas, con tan buena suerte, que á los pocos años trasformada ya en Academia real estableció varias cátedras públicas servidas por don Ginés de Rocamora, el Dr. Julian Firrufino, el licenciado Juan Cedillo y otros no ménos notables profesores, y en la cual el alférez Pedro Rodriguez Muñoz leía la

materi
tan Cr
ciones
primer
en Espa
como e
español
celona
en dos,
ma la v
penden
los ofic
ron á c
en 1.^o
Henare
sores y
abierta
za guía
glorios
esta su
estable
el prom
se cons
sional
mayor
esta Ac
ingeni
y duqu
da la g
Alcalá
fué ext
ideas p
consta
genera
abolic
feras d
pre má
1823 se
cuerpo
decir q
da y p
jara, c
tucion
científ



INAUGURACION DE LOS TRABAJOS DEL CANAL DE CINCO VILLAS EN ARAGON.—LLEGADA DE LOS INVITADOS.

materia de escuadrones y forma de ordenarlos, y el capitán Cristóbal de Rojas la de Fortificación, cuyas lecciones imprimió en 1598 Luis Sanchez, siendo éste el primer libro de fortificación que ha visto la luz pública en España, así como la citada Academia puede mirarse como el origen común de los colegios y escuelas militares españolas. Siguiéron a ésta las de Bruselas (1675), Barcelona (1699) y otras varias que se refundieron en 1790 en dos, una en Cádiz y otra en Zamora, siendo esta última la única que existía al estallar la guerra de la Independencia. En estos centros de instrucción la adquirían los oficiales de todas armas, y constantemente estuvieron a cargo de jefes y oficiales de ingenieros, hasta que en 1.º de setiembre de 1803 se inauguró en Alcalá de Henares la Academia especial del cuerpo, cuyos profesores y alumnos en mayo de 1808, declarándose en abierta rebelión contra los franceses, corrieron á Zaragoza guiados por el inmortal Sanguinetti, cuya vida terminó gloriosamente en aquella heroica defensa. Disuelta de esta suerte la Academia, dispuso el Gobierno nacional establecerla en Granada, lo que no pudo efectuarse por el pronto, y sólo después de vencer grandes obstáculos se consiguió en 1810 crear en Cádiz una Academia provisional de ingenieros, cuyos alumnos se reclutaron en su mayor parte en el colegio militar de la isla de León. En esta Academia ascendió, previo exámen, á subteniente de ingenieros en 1.º de enero de 1812 el hoy capitán general y duque de la Victoria D. Baldomero Espartero. Concluida la guerra de la Independencia volvió la Academia á Alcalá de Henares, hasta que en 27 de setiembre de 1823 fué extinguida, sin más razón ni otro motivo que las ideas políticas algo avanzadas que habían manifestado constantemente sus profesores y alumnos, así como la generalidad de los oficiales del cuerpo de ingenieros, cuya abolición completa se discutió seriamente en las altas esferas de aquel Gobierno; pero como la necesidad es siempre más poderosa que la voluntad de los hombres, en 1823 se estableció en Madrid una Academia especial del cuerpo, cuyo reglamento se publicó en 1828. Escusado es decir que este establecimiento arrastró una vida lánguida y precaria hasta 1833, en que se trasladó á Guadalajara, donde recibió grande impulso del Gobierno constitucional, y donde continúa difundiendo la instrucción científica y militar entre los jóvenes que aspiran á in-

gresar en el cuerpo de ingenieros. A la hora en que escribimos estas líneas se habrá aprobado por la superioridad el nuevo plan de estudios, por el cual se devuelven á la enseñanza particular gran número de materias de las que forman la profesión del ingeniero.

El Museo de ingenieros establecido hoy en el palacio de San Juan, tan poco conocido de propios como con justicia alabado por los extranjeros; los talleres ó maestranza de Guadalajara, los parques de plaza y campaña, los trenes de puentes, la brigada topográfica, las construcciones civiles y militares dirigidas por oficiales del cuerpo en estos últimos años y el largo catálogo de obras y Memorias publicadas unas, inéditas las más, con que han enriquecido los ingenieros la bibliografía militar española, son otras tantas pruebas de que el cuerpo procura no rezagarse en el conocimiento y aplicaciones de los modernos adelantos que han conseguido las ciencias y las artes. Sensible es sólo que por efecto de las circunstancias que hace tiempo afligen á nuestra patria, se hayan distraído de su especial servicio los regimientos del arma, de cuyos tipos y uniforme es buena muestra el grabado que acompaña á este desaliñado artículo.

E. DE MARIÁTEGUI.

TRADICIONES GALLEGAS.

LA COMPAÑA.

Al recorrer los pintorescos valles del antiguo reino de Galicia, que cual soberbio coloso separa por el Este con uno de sus brazos á Leon y Asturias, con el otro al Sur el reino de Portugal, y no contento hunde hácia el Norte uno de sus pies en el impetuoso mar cantábrico, y profundiza el otro en las cristalinas olas del atlántico, reposa el espíritu, fatigado con la incesante actividad intelectual de las grandes capitales, en la sociedad patriarcal de aquellas apartadas aldeas, donde se comprende toda la verdad de los versos de Tirso de Molina:

.....Esta es Galicia;
No vive en estas tierras la malicia
De envidias y traiciones,
De lisonjas, engaños y ambiciones.

Verdad es que, sostenidas por la ignorancia, consérvense entre aquellos sencillos labriegos, ó montañeses, creencias y tradiciones, que no resisten al más ligero soplo de la crítica; pero también es cierto que el día en que arranque la ciencia por completo esas creencias, esas leyendas, esas tradiciones, desaparecerá el encanto peculiar de los antiguos pueblos, quitando al animado cuadro de lo pasado la poética veladura del recuerdo.

Afortunadamente en los apartados valles de Galicia guardanse todavía muchas de esas misteriosas narraciones, que rara vez dejan de encerrar un gran fin moral, y que arrojadas de más elevadas esferas, se han refugiado en la soñadora imaginación de los sencillos habitantes de la aldea, adonde acude á buscarlas el hombre de las ciudades como tranquilo solaz para su fatigado espíritu; que esas tradiciones y esas creencias son el perfume de otra vida más pura y más feliz que aspiramos, confundido con el vivificador ambiente de los valles y de las montañas.

Allí donde los zarzales y espinos sirven de oscura alfombra á las venerables ruinas de un castillo; allí donde para el viajero no hay más que desolación y muerte, para el pueblo hay una sómbria historia de amores. La tímida pastora jamás verá aquellos torreones sin persignarse estremecida, porque en cada piedra lee una página del triste romance que mil veces ha oído contar al amor de la lumbre, cuando el viento silba desencadenado y la leña chisporrotea de un modo fatídico.—El laborioso jornalero, cuando dado el toque de ánimas se retira lentamente á su casa, si llega á pasar por cerca de un solitario monasterio, evocará el recuerdo de aquellos cenobitas, que pasaban los años sumidos en celestial éxtasis, y alucinado por el sitio, por la hora, por el viento que se desliza entre los claustros, entrará en su casa repitiendo y jurando que ha oído las armonías del órgano y el coro de la comunidad cantando *Vísperas*.

Y si la noche le sorprende en lo alto de una montaña, y allá en la hondonada hay materias en descomposición que producen exhalaciones fosfóricas, el buen campesino tiembla y se desconcierta, llega asustado á su choza y cuenta tartamudeando que ha visto la *COMPÑA*, que le ha salido al encuentro la hueste de espíritus malignos, y presagia que en la aldea debe dejarse sentir pronto la Justicia divina, porque la *hostadea*, *hostadeña*

centros supremos y reguladores de toda la economía animal.—El hombre tiene un fin, y tiéndolo también las sociedades, como lo tiene la *humanidad*, conjunto de todas ellas. Del fin y destino del hombre no podemos dudar; y respecto del fin y destino de las sociedades humanas, bien podemos creer, apoyados en la inducción más lógica posible, que la función trascendente de la humanidad es contemplar y obrar lo verdadero, lo bueno, lo bello, el VERUM, JUSTUM, PULCHRUM, que con inmejorable acierto adoptó esta Academia por mote de su escudo.—La humanidad, las sociedades humanas, tienen igualmente su patología, como la tiene nuestro cuerpo. Toda la diferencia está reducida á que los libros de medicina llaman *vicio escrofuloso, raquitismo, tisis, reuma ó gota, hemorragia ó apoplejía, tifo, ó erisipela, convulsiones ó baile de San Vito*, á lo que en patología social toma los nombres de *pauperismo, mendicidad ó vagancia, prostitución, lujo, guerra, criminalidad, antagonismo entre el capital y el trabajo, crisis industriales, rebeliones, revoluciones ó motines*, etc.

Yo no sabré decir qué papel desempeñan en el plan de la creación esas enfermedades, así las físicas como las morales; pero lo que sé es que unas y otras son tan antiguas como el mundo; que de unas y de otras se hallan casos esporádicos y terribles epidemias en los anales de los pueblos más primitivos; y que la patología humana, tanto la médica como la social, no ha variado sustancialmente desde los tiempos más remotos.

En efecto, observa el Sr. Monlau que el *pauperismo* es ineludible, como lo es también la *criminalidad*. Respecto del primero, está convencido de que sabía mucho más el Divino Fundador de nuestra sacrosanta religión al decir *Pauperes semper habebitis vobiscum*, que no el buen Enrique IV de Francia, que se proponía que cada francés llegara á poder poner gallina diaria en el puchero. En cuanto á la criminalidad, creía que á fuerza de estudio, de paciencia, de benevolencia y humanitarismo hubiera podido la sociedad domar ese monstruo; pero ve que es dolencia incurable, que difícilmente podrá atenuarse, ni siquiera medianamente paliarse, á no emplear otros recursos que los muy empíricos, egoístas é inertes, de que hasta ahora se ha echado mano. Los códigos penales le producían el efecto de una farmacopea de cirugía social, y esperaba que ésta podía curar la enfermedad, como se curan siquiera las dolencias quirúrgicas ordinarias. Todo en balde.

«Sí, continúa el nuevo académico, algo, y aún mucho, de fatal é ineluctable hay que reconocer en esa persistencia, millares de veces secular, de la criminalidad. Abrid los anales del crimen, y en su primera página, casi contemporánea de la creación, hallareis ya un fratricidio; seguid leyendo la sangrienta historia, que es obra larga y nutrida, y de letra muy compacta, y en el fascículo ó entrega última os encontrareis, por remate, con el múltiple asesinato de TRÖPPMANN!... ¿Qué es esto, señores? ¿No veis ahí una mano de hierro, una ley ineludible, un algo inexorable y fatal, que se está como riendo del libre albedrío de los individuos, y lo anula, y se le sobrepone? Así es la verdad; y el tributo de lágrimas y de sangre que impone aquella mano inexorable, se paga en todos los países con una regularidad espantosa, con una regularidad mucho mayor que las contribuciones votadas en nuestros presupuestos económicos. Al ver tamaña regularidad y constancia, al ver que en definitiva el libre albedrío individual queda invenciblemente sometido á una especie de voluntad social sintética, implacable y ciega, les ha ocurrido á algunos autores sospechar si, bien mirado, será la sociedad la que prepara el crimen, y el criminal un mero instrumento que lo ejecuta. Esta sospecha hace estremecer, y, sin embargo, no deja de ser fundada hasta cierto punto, porque el individuo no tanto es el producto de su organización, como del medio material y moral en que vive; esta atmósfera material y moral la crea el poder social; el poder social la infesta ó la purifica, según el uso que de sus facultades hace; á él le alcanza, pues, una buena parte de la responsabilidad; él es el co-responsable no tan sólo de la criminalidad, sino de todas las demás llagas morales, que se hallan tan tristemente confederadas, como necesariamente relacionadas están entre sí las enfermedades orgánicas con sus síntomas. En la criminalidad y demás miserias morales de un país veo yo el espectro de las faltas cometidas, de la negligencia y omisiones del poder social, cual en un idiota de nacimiento ve el fisiólogo el espectro de la rudeza, de la embriaguez habitual, de la estupidez de sus padres ó de sus abuelos.—Bien comprendereis, señores, el sentido en que debe tomarse esa responsabilidad social de que acabo de hablar; ni necesito añadir que el poder social no organiza el crimen á sabiendas, sino inconscientemente, mucho más

inconscientemente que el individuo que lo ejecuta. Este individuo criminal, entiéndase bien, no queda en manera alguna descargado de su responsabilidad, porque, en su esfera, obra libremente, y sus resoluciones, bien ó mal, siempre son motivadas; pero en el organismo social, en esa grande individualidad que llamamos *Sociedad ó Estado*, los libres albedríos de los individuos se hallan grandemente circunscritos, y en el vasto funcionar de la economía social desempeñan el muy secundario papel de meras causas *accidentales*. Por donde resulta que, haciendo abstracción de los individuos y considerando al cuerpo social en su conjunto, los efectos de todas aquellas causas accidentales se neutralizan y destruyen mutuamente, quedando tan sólo campeantes las verdaderas causas en virtud de las cuales existe y se conserva la sociedad humana. Estas causas son el secreto de Dios: nuestra menguada razón apenas puede hacer más que vislumbrar el modo de obrar de dichas causas, y decorarlas con el nombre de *leyes*, para satisfacer un poco nuestra miserable vanidad.»

Compara más adelante el Sr. Monlau la patología social con la médica, fijase en la *terapéutica* de la criminalidad, que al cabo la *curación* es lo más importante y práctico, cuando de enfermedades se trata, y observa que lo mismo en medicina moral que en medicina física, hay gran número de remedios estrambóticos y ridículos unos, crueles y desacreditados otros, ineficaces casi todos. ¿Cuán dilatado es el catálogo de las formas de delitos y de penas, y cuán ineficaces casi todas estas últimas! Porque, no hay que hacerse ilusiones; para fundar sólidamente el imperio de la razón en la sociedad, lo propio que dentro de sí mismo, el hombre tropezará eternamente con un sin número de obstáculos, de propensiones desarregladas, de deseos culpables, de hábitos viciosos, de opiniones equivocadas. «Y cuenta con que tales obstáculos, añade el Sr. Monlau, no dependen de causas accidentales ó transitorias, sino de causas permanentes, esenciales, naturales, inherentes á la constitución primitiva de nuestro ser; y cuenta también con que el combate que contra ellos trabe el hombre ha de ser con las armas de una voluntad enérgica é ilustrada, apoyada en sólidos principios y robustas convicciones. Ni vayamos á eludir la dificultad fantaseando modos de organización nuevos, ó combinaciones artificiales que suponen resuelto lo que precisamente está en cuestión, á saber, que podemos variar el orden moral rehaciendo al hombre y ajustándolo á un molde que no es el que sirvió para crearlo. ¿Vana tarea! Las leyes del mundo moral son, para el hombre, tan invariables como las del mundo astronómico y físico. Gran merced es que podamos corregir, modificar, ayudar, perfeccionar; pero no nos empeñemos en *variar*, en hacer cesar los antagonismos perpétuos y naturales, en suprimir el esfuerzo, en rematar de un sólo golpe la lucha, en conseguir un desenvolvimiento armónico y fácil de las naturalezas individuales y de las fuerzas sociales, porque tal empeño es puro sueño y manifiesta locura, vana quimera y verdadera utopía. Nuestra vida actual es una vida de lucha y de combate sin tregua, porque siempre tenemos enfrente á los enemigos; si con ellos queremos transigir ó pactar sin haberlos vencido, nosotros seremos los vencidos y los humillados. El suelo que pisamos es con toda propiedad un *valle de lágrimas*, cercado, eso sí, de montes y collados de purísimo ambiente, de serena atmósfera y plácidas perspectivas y gratisimos aromas; mas para disfrutar de tales placeres, es necesario el esfuerzo previo que supone siempre toda ascension del valle á las alturas. La vida es un certamen cuya adjudicación de premios se verifica en el cielo: nuestra vida presente es un continuo guerrear: *Militia est vita hominis super terram* (JOB, VII, 1).

De esa imperfección original y nativa de que adolece el hombre, y de que adolece su *cristalización en sociedad*, no se vaya á inferir, sin embargo, que nada podemos, que nada debemos hacer. Al contrario, el hombre es perfectible (¿cómo no ha de ser *perfectible*, si es tan *perfectible*!); las sociedades humanas son perfectibles también. Algun resultado han de producir la lucha y el esfuerzo á que estamos condenados, alguna ventaja han de traer la cultura intelectual y la humilde cooperación al orden y al bien universal, que son la obra de Dios. Esto es evidente de por sí, y evidenciado se halla además por la experiencia de los siglos. No podemos alterar, por ejemplo, la talla media del hombre, ni la proporcionalidad de los sexos, ni la ley general de la mortalidad humana; pero estudiando los hechos sociales, y viendo que tal ó cual forma de trabajo, tal ó cual régimen alimenticio, influye en las tallas; que el concubinato tiende á producir menos varones que hembras; que la prostitución es estéril ó muy poco fecunda; que los matrimonios precoces dan un resultado análogo, ó producen hijos con

escasas probabilidades de vida, etc.; claro está que en vista de tales hechos podemos remediar bastante sus efectos, y modificar en algo las leyes de la mortalidad humana. ¿Quién duda de que las han modificado ya considerablemente los progresos, aunque poco rápidos, de la higiene pública, la simplificación de los métodos curativos, la práctica de la vacunación, la libertad del trabajo y otras cien concausas beneficiosas? No abandonemos, pues, al fatalismo, ni al empirismo, los progresos de la civilización; pero guardémoslos igualmente de exagerar el alcance de la *perfectibilidad humana*, que viene á ser como el *límite* en matemáticas; podemos irnos acercando á ella de continuo, siempre, pero no llegaremos á alcanzarla nunca...—Nunca llegaremos, pues, á extinguir la criminalidad, porque nunca conseguiremos destruir la miseria, la ignorancia, las pasiones y los vicios, que son sus causas impulsivas; pero podremos atenuarla, disminuirla en mucho, rebajar notablemente el guarismo de 40.000, que viene á ser el de los atentados contra la propiedad y contra las personas, que anualmente se perpetran hoy en España, y el de 20.000 que es el de la población ordinaria de nuestros establecimientos penales. Mas para alcanzar tan apetecible rebaja, entiendo también que convendría adoptar una terapéutica mucho más enérgica y mucho más racional que la que estamos practicando. Nuestros métodos curativos de la criminalidad (y casi todos los seguidos en Europa y en América) no son tales *métodos*, sino *expedientes* para salir del paso, quitarnos de la vista á los criminales, encerrarlos y sujetarlos para que no continúen causándonos daño. Con tapar la úlcera, que no es sencilla, sino que está sostenida por un vicio orgánico, con malvendarla, nos hacemos la ilusión de que la *curamos*. Igual ilusión que las sociedades se hacen muchos enfermos de dolencia física respecto de sus males ó vicios constitucionales.—Otra semejanza digna de nota hay entre la sociedad y el individuo, y es que ni aquella, ni éste, piensan seriamente en llamar al médico y ponerse en formal cura, hasta que una hemorragia repentina, una hinchazón fuerte, una recrudescencia de los dolores, ó un síntoma peligroso cualquiera, les advierte de lo insensato de su conducta. ¡Esta, no obstante, vuelve á ser tan omisa y descuidada como ántes, luego que se ha pasado el peligro ó amortiguado el dolor!!»

Mas no se crea que el señor Monlau deje de indicar mejoras y remedios para evitar, para atenuar, para castigar la criminalidad. Podríamos trascribir á continuación las más bellas páginas de su discurso, porque llenas están de buenos propósitos y de bellezas morales. Nos dice las condiciones que han de tener los establecimientos penales, y sus directores, porque no han de ser éstos comitres ignorantes, duros y de mal genio, con subalternos y dependientes ignorantes y desmoralizados, sino directores y médicos respetables por su carácter, luces é instrucción, buenos estudios y larga práctica, encomendando la asistencia y trato de los presos y penados á esas congregaciones religiosas que en pocos años han producido tantos beneficios en algunos penitenciarios de Francia, de Alemania y de los Estados Unidos. Recomienda, en fin, las *obras de misericordia*, y termina su discurso con aquel precepto inmortal del Divino Jesucristo: ¡AMAMOS LOS UNOS Á LOS OTROS!

Contestó al señor Monlau, en nombre de la Academia, el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Miguel Sanz y Lafuente, individuo de número, de cuyo bello discurso creemos digno de reproducir uno de sus párrafos, por las verdades que en breves renglones encierra.

«Ese hombre no está civilizado: brilla, sí, la civilización material en su ropaje, en su apostura, en el mobiliario de su casa, en sus festines espléndidos; pero su alma, su inteligencia, su corazón sobre todo, están por cultivar: al mirarle por fuera le encontrareis culto y civilizado; mas por dentro no hallareis sino un salvaje. No dudo que este pseudo-civilizado, fino, elegante, con sus alardes de literato, muy limpio y perfumado, sea la delicia de los salones; pero estudiadle, y, en general, y con pocas y honrosas excepciones, le hallareis egoísta, soberbio, insensible, duro, indócil, sin respeto alguno á los superiores, menospreciador de la autoridad y de la ley, detractor, maldiciente y libidinoso, y según el viento que pase por su cabeza ó penetre en su corazón, tal vez le vereis algún día cruel, feroz y atrabiliario; y si para saciar sus instintos necesita matar hombres y beber su sangre y devorar sus entrañas, lo hará, sí, lo hará, y ese hijo de la civilización será el asombro de los bárbaros: así sucedió en la Revolución francesa, que por cierto suministró no pocos ejemplos de este género. Pero en lugar de este hombre, dadme un pueblo, un pueblo entero, y habitantes cuyos depravados instintos no hayan sido reprimidos en la infancia; pueblo tal vez con alguna ciencia superficial, con inteligencia acaso, pero

sin principios morales; pueblo que sepa siempre aborrecer y nunca amar, rebelarse y no obedecer, menospreciar y nunca respetar; pueblo impío, que profese la blasfemia y sea ajeno á los sentimientos del pudor; pueblo que, en vez de adorar al Señor Supremo, todo lo sacrifica en las aras del deleite; pueblo de pasiones desenfrenadas; pueblo siempre capaz del crimen y nunca del arrepentimiento; que habria sabido siempre enriquecerse, pero nunca sacrificarse por nada ni por nadie; pueblo doloso, desleal y perjuro, á ese pueblo no le llameis *civilizado*; no lo considereis *sano*; está peligrosamente *enfermo*..»

También ha dado pruebas en el presente año de su entusiasmo y celo científicos la Academia de Medicina de Madrid, publicando los discursos pronunciados en la inauguración de las sesiones. Han sido dos; ambos notables, cada uno en su género. Cumpliendo con su deber académico, pronunció el suyo el Dr. D. Victoriano Usera, tomando el siguiente tema: *Influencia de la educación física, moral é intelectual en la salud del cuerpo y en la del espíritu*. Tema que desarrollado con profundo conocimiento del corazón humano y de las necesidades de la sociedad, ofrece á grandes rasgos un cuadro de educación física y social del hombre. El Sr. Usera comienza por hacerse cargo del dualismo que existe en el ser humano, el espíritu y la materia, examina sus leyes indeclinables, considera los límites de lo justo y de lo verdadero, exige en el matrimonio la armonía y equilibrio necesarios para el perfeccionamiento de la especie; ocúpase en seguida de la educación física y doméstica, de los medios de hacerse fecunda en obsequio de la buena moral, y se detiene con este motivo en ponderar los bienes y males que ofrezcan la prensa, la novela y el teatro. Hé aquí lo que juzga de este último:

«El teatro puede ofrecer recreo é instrucción, placeres honestos y lecciones sublimes, siempre que corresponda al fin que debe tener en una sociedad, cuyas creencias religiosas inspiran los sentimientos más puros. Pero si el sordido interés se apodera de la escena como objeto de lucro; si rompiendo con todos los respetos hace de los sentidos un comercio y dioses de las pasiones, entónces mina sordamente las bases de la sociedad, y alterando la paz del alma, lleva la disolución al sagrado del hogar doméstico. No dirigiéndose el drama, como más de una vez sucede, á un fin humanitario, y no siendo como en otro tiempo elemento de gobierno, la imaginación del poeta va á menudo á beber sus inspiraciones en la fuente embriagadora de los sentidos, y arroja sobre la escena monstruos en vez de hijos del génio. El público aplaude esas grandes situaciones que le arrebatan con violencia irresistible, sin comprender que se negocia con su sensibilidad y que se pone en tortura su espíritu. En lugar de sentir, padece; y en vez de espectador, da él mismo el triste espectáculo de la debilidad humana. Por otra parte, el abuso que se hace de intrigas amorosas, alambicadas y ardientes, no puede convenir nunca á la sensible juventud. Por más que se guarden las consideraciones debidas á una sociedad culta, por más ingenio-

sa que sea la ficción, las victorias de la pasión serán siempre demasiado estrepitosas y aplaudidas en la escena, para que la juventud no sienta arder en su pecho la viva llama que encienden. No es posible que su alma deje de tomar parte en los palpitantes cuadros de ternura, de odio y de celos que se ponen á su vista y se desenvuelven con vivo y seductor colorido, llevando la exaltación hasta el delirio. Dominado el corazón por la fuerza del sentimiento, llora, ama, odia y delira en

la acción más importante que siguió á la anterior fué: ¿qué género de asistencia es preferible para las enfermedades de los pobres?—Entre las interesantes comunicaciones que ha recibido la Academia de dolencias y operaciones notables y de noticias curiosas sobre diversos puntos científicos, figuran: un caso de amputación total de la lengua, practicada por el Sr. Marqués de Toca; datos interesantes sobre la epidemia de crup que ha reinado en el último otoño, referidos por el Sr. Benavente; la ob-

servación de un enorme tumor elefantiaco del escroto, estirpado por el señor Castelo, y consideraciones curiosas sobre la oportunidad de la iridectomía en el glaucoma, hechas por el Sr. Cervera, apoyándolas principalmente en dos observaciones recientes, con éxito muy distinto, apesar de la aparente analogía de las circunstancias. Y con estas discusiones han alternado mil comunicaciones instructivas, informes luminosos al Gobierno, noticias sobre el estado de la enseñanza en otros países, adelantos en los aparatos, etc.—Los temas ofrecidos para el concurso de este año son los siguientes:

I. Señalar diferencias fundamentales entre las enfermedades diatésicas y las discrásicas.—II. Aplicaciones que permite hacer á la fisiología y á la terapéutica el estado actual de la química orgánica.—III. Determinar por ensayos prácticos las condiciones más convenientes para el cultivo en España de las diferentes especies y variedades de adormidera, así como la producción respectiva de ópio y riqueza de éste en morfina.—IV. Estudio crítico de las teorías emitidas para explicar la generación de los elementos anatómicos.—V. Juicio crítico sobre el estado de la medicina española á fines del siglo XVIII.

Finalmente, para el año de 1872, confiando la Academia en el creciente celo de los profesores, además de excitar á cuantos se dedican en España al estudio de las ciencias médicas á remitirla sus comunicaciones, para que, dándose cuenta de ellas en las sesiones públicas, redunden en beneficio de la humanidad doliente y den crédito á sus autores; ha elegido temas de interés práctico y positivo, que ofrece á la laboriosidad de los amantes del saber: uno de ellos es reproducido de los anteriores concursos, por no haberse presentado memorias acerca de él, apesar de la inmensa importancia que tendría su acertada resolución. Los otros dos pertenecen á las secciones de cirugía y de filosofía médica.—I. Qué precauciones higiénicas deberán observarse en la canalización y riego, para evitar todo daño en la salud pública.—II. Del glaucoma, sus síntomas, variedades y diagnóstico diferencial, y del valor de la iridectomía como medio terapéutico considerado en general y con relación á cada una de sus variedades.—III. Memoria biográfica-bibliográfica ó crítica acerca de D. Andrés Laguna.

Mucho nos hemos extendido en esta revista, por lo que no podemos ocuparnos ya de los trabajos de otras Academias y Asociaciones científicas; pero daremos todavía á conocer á nuestros lectores el programa de premios para el año presente que ha publicado la Academia Mé-



DON SEGISMUNDO MORET Y PRENDERGAST, ACTUAL MINISTRO DE ULTRAMAR.

aquel momento, porque así lo exige la situación, y después trasporta estas mismas impresiones al teatro real del mundo, con todo el fuego de una imaginación volcánica. Exigir que la juventud, ideal y entusiasta, permanezca indiferente delante de esas reproducciones de la vida, y que no crea y se inspire en lo que tal vez sea en aquel acto una traducción fiel de las borrascas de su alma, es pretender un imposible, ó afectar una candidez que no cuadra en los días que alcanzamos. Si fuera dado á la medicina penetrar en los repliegues del alma, la prohibición de esas emociones se elevaría á axioma para la curación de muchas enfermedades..»

El segundo discurso leído en la Academia de Medicina de Madrid es del secretario de la misma, Sr. Nieto Serrano, dando cuenta de las tareas de la corporación en el año anterior. Han sido objeto exclusivo de ella la ciencia y sus aplicaciones á la Administración. La primera cuestión que se debatió en sus sesiones literarias, fué la de fijar hasta qué punto conviene alimentar á los sujetos que padecen enfermedades tifoideas. La discu-

ción más importante que siguió á la anterior fué: ¿qué género de asistencia es preferible para las enfermedades de los pobres?—Entre las interesantes comunicaciones que ha recibido la Academia de dolencias y operaciones notables y de noticias curiosas sobre diversos puntos científicos, figuran: un caso de amputación total de la lengua, practicada por el Sr. Marqués de Toca; datos interesantes sobre la epidemia de crup que ha reinado en el último otoño, referidos por el Sr. Benavente; la ob-



LA CIUDAD DE GERONA.—ESTÁTUA DE DON JUAN FIGUERAS, PARA EL SEPULCRO DE DON MARIANO ALVAREZ DE CASTRO.



EJÉRCITO ESPAÑOL.—INGENIEROS.

qué
des
ones
ones
atos
e la
in-
o en
ob-
rme
es-
se-
era-
la
ecto-
chas
apo-
ente
re-
muy
pa-
cir-
stas
ado
ins-
mi-
cias
nse-
de-
etc.
para
año

cias
las
as y
pli-
acer
era-
cual
ica.
en-
di-
ntes
aña
cies
de-
ion
ue-
a.—
las
ex-
los
.—
e el
ina
si-

año
ca-
celo
mas
de-
dio
s á
cio-
lose
se
den
ma-
cré-
ác-
an-
ate-
rias
cen-
n á
Qué
na-
pú-
s y
niá
con
oria
rés

lo
ras
da-
ios
Mé-

Estos moros se reúnen en las plazas públicas en las grandes solemnidades, y allí tiene lugar una escena extraordinaria que hemos presenciado muchas veces.

Cogidos de las manos y formando un círculo inmenso, comienzan los issaguas á dar vueltas pausadamente al compás de un canto triste y monótono.

Este canto va haciéndose cada vez más y más vivo y las vueltas más rápidas, hasta parar en desenfadada carrera. Dentro del círculo hay una pobre temerilla que muge dolorosamente, cual si adivinase el triste fin que la aguarda.

Cuando los issaguas, medio embriagados con su extraña danza, sus cantos salvajes y el olor de la pólvora (pues es de advertir que en toda fiesta de moros hace un papel principal la espindarga); cuando el fanatismo religioso de aquellos hombres llega hasta el furor, entónces se arrojan como fieras hambrientas á la estremecida temerilla, la cual en un instante es hecha pedazos con uñas y dientes, y devorada cruda por los issaguas, los cuales no dejan de ella más que los huesos tibios y ensangrentados.

Esta escena repugnante, horrible, trae á la imaginación de cualquiera que la contemple los feroces caníbales de la Oceanía.

La secta de los issaguas se divide á su vez en otra porción de sectas, cuyos individuos se llaman los hijos del *Leon*, los hijos de la *Serpiente*, los hijos del *Tigre*, y con otras denominaciones por el estilo.

Cada secta tiene su canto especial destinado para las danzas, cantos que respiran barbarie y ferocidad.

«Nosotros somos (dicen los unos) los hijos del león. Tenemos uñas y grandes colmillos como nuestro padre, y nos gusta mucho la carne palpitante y ensangrentada.»

«Mordemos como las serpientes (ahullan otros haciendo mil visajes y retorciéndose como si efectivamente fuesen reptiles). Silbamos como la serpiente, y también tenemos veneno como ella.»

Hé aquí una pequeña muestra de aquellos cantos sanguinarios expresados con visajes tan horribles como ridículos; con ahullidos espantosos, con los cuales pretenden imitar á las fieras, de las cuales se confiesan hijos.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

CÁNTIGA.

Á OLVIDO.

Cuando la noche tiende callada
Su azul cortina de luz bordada,
Cuando la brisa que ráuda gira
Por el espacio rie ó suspira,
Fébril ensueño llena mi mente,
Mi pecho halaga, quema mi frente.
Entónces oigo como un suspiro
Que al fondo llega de mi retiro,
Y hallo una rosa bella y galana
Que abre sus hojas en mi ventana.
Su perfumada, roja corola,
Con claros visos se tornasola;
De blanca luna los resplandores
Dan á la rosa brillo y colores;
El fresco ambiente puro y sereno
Deja la rosa de aromas lleno;
Y entónces oye mi fantasía,
Como el acorde de una armonía,
Los dulces cantos que exhala ufana
La flor hermosa de mi ventana.

«Yo soy la rosa de Alejandría,
Con suave aroma, brillo y colores,
Me trasplantaron de Alejandría
Los dulces géneos de los amores.
Soy linda mariposa
De los vergeles;
Color toman mis labios
De los claveles;
Como una fuente mi voz resuena
De melodía y encanto llena,
Y en mi sonrisa,
Calor halla y perfumes,
La blanda brisa.
Yo del acacia guardo el aroma,
La perla envidia mi tez preciada,
Y el sol de junio su lumbre toma
De los destellos de mi mirada.»

De las amantes quejas
Nunca me cuido,
Me apellidan los hombres
Flor del olvido;
Tiene mi talle tal gallardía
Que la palmera lo envidiaría,
Y mis cabellos,
Del ébano y la noche
Tienen destellos.
Me cierno en brazos del áura leve,
Perlas y flores brotan mis huellas,
Fingen mis manos nítida nieve
Y causo celos á las estrellas.
Es mi boca una fresa
En dos partida,
De nardo perfumada,
De miel teñida;
Mi ardiente aliento que el viento llena
Su aroma toma de la azucena;
Guardan mis labios
Suspiros y esperanzas,
Dichas y agravios.
Pobre poeta que estás dormido,
Yo tus ensueños encantadores
Desde mi tallo gentil presidido,
Y les doy vida, luz y colores,
Yo presto á tus cantares
Grata armonía,
Con los ricos acordes
Del alma mía;
Por mí tu espíritu veloz se lanza
Tras de las huellas de la esperanza.
Yo en tu memoria
Noble ambición enciendo
De nombre y gloria.
Yo guardo cantos como el arrullo
Con que se aduerme la mar inquieta;
Sueños de aromas como el capullo
Blanco y morado de la violeta.
Ricas inspiraciones
Tiene mi alma,
Fulgores deslumbrantes
Del cielo en calma,
Sobre mis hojas la Providencia
Vertió fragante, morisca esencia;
Con alegría,
Te prestaré, poeta,
Mi poesía.»

Plegó sus hojas la flor preciosa,
Quedó la noche muy silenciosa,
Con ilusiones el alma ufana,
Tendí mis ojos á la ventana;
La flor no estaba, mi bien querido
Como un perfume desvanecido,
En blanca niebla se convertía
Al primer beso del nuevo día.
Comprendí entónces que me engañaba,
Que de mi sueño ya despertaba,
Y como el alma se agita pura
Tras los delirios de mi locura,
La noche anhela mi fantasía,
Y oír en triste dulce armonía,
Los dulces cantos que exhala ufana
La flor hermosa de mi ventana.

J. TOMEY Y BENEDICTO.

ARMONIAS ÍNTIMAS.

(IMITACION DE ZANELLA.)

Voces secretas que en murmullos suaves
De misterios llevais mi fantasía,
Dulces susurros, vibraciones graves,
¿Quién os envía?

¿Alguno me calumnia? ¿Es que insensatos
Sus lenguas contra mí los nécios mueven,
O es que sirvo de mofa á los ingratos
Que algo me deben?

¿Alguno me recuerda? El leve ruido
Que remeda los ecos de una lira,
¿Será acaso de un bien desvanecido
La mágica mentira?

¿O de aquellos amigos de la infancia
Que en la tumba reposan olvidados,
Vendrán á mí salvando la distancia
Los ayes apagados?

Ora os traigan las olas ó los vientos
Nuncios á ser de pena ó de ventura,
Que os oiga siempre yo, caros acentos
De un nada que murmura.

¡Vosotros sois las voces encantadas
Que de este mundo al otro se dan cita,
Y en vuestras vibraciones ignoradas
La Creación palpita!

MANUEL DEL PALACIO.

Florenca, 1869.

EN EL CUERPO DE UN AMIGO.

NOVELA DIABOLICA

POR

JOSE FERNANDEZ BREMON.

(Continuacion.)

CAPITULO XV.

LA VIZCONDESA.

El tocador de la vizcondesa del Arco parecia un oratorio en que no se rendía culto al espíritu, sino á la humanidad de su hermosa propietaria. Grandes espejos destinados á reproducir su imágen, una especie de altar con todas las maravillas de la perfumería parisiense, consagrado á perpetuar la belleza de Amelia, y un diván de cabecera y otros muebles á cual más cómodos para proporcionar el más blando reposo á los delicados miembros de Amelia. Ni un libro el más superficial en aquella habitacion de dama ociosa, ni una obra artística en aquel camarín de princesa, ni un florero en aquel gabinete de criolla, ni un retrato de hombre en aquel aposento de mujer; nada que pudiese distraer el ánimo y apartarle de una adoración exclusiva hácia la divinidad que presidía aquel coqueton y perfumado templo; nada que indicase recuerdos ó esperanzas; Amelia debía pasar allí las horas en una especie de letargo, narcotizada por los aromas y cuidando de sí misma como de esas flores tropicales que se conservan en estufas.

Una elegante colgadura dejaba entrever otro aposento pequeño y estucado; acaso en él se guardaba de las miradas indiferentes ó curiosas alguno de esos objetos que se echaban de ménos en el tocador, el cual delatase las aficiones íntimas de Amelia. Nada de eso: allí sólo habia un baño de mármol, varias sillas y otro espejo.

La vizcondesa del Arco parecia divorciada de su alma; todo para su hermosura y comodidad; todo para su cuerpo.

Aquel día, reclinada en el diván en su actitud más fascinadora, sonreía á Teodoro, que estallaba de gozo al verse admitido en aquel misterioso recinto y hacía los cálculos más halagüeños por tan inesperada confianza.

—¿Conque D. Braulio y Herrera no han vuelto á visitarse?... decía Amelia examinando á Teodoro fijamente.

—Me he convertido en espía de Luciano y puedo asegurar á Vd. que no se han visto: Herrera apenas sale de casa y sólo algunas noches ha abandonado su habitacion para rondar inútilmente la calle de Clotilde.

—¿Inútilmente?...

—Hasta anoche, en que logró sobornar al portero de la niña; ¡oh! Fué una seducción difícil y arriesgada. El asturiano se negó á recibir un napoleon, dos, cinco, el doble, por escuchar unas palabras, y señaló á Herrera la puerta con gran dignidad, asegurándole que daría parte á la señora: Luciano, desesperado, tuvo una feliz inspiración, y dijo con tono lastimero: «Amigo, no siento el desaire, sino recibirlo de un paisano.»

La vizcondesa no pudo ménos de sonreírse: sabia que un buen asturiano puede negar su bolsa al hombre más solvente, su corazón á la doncella más enamorada; pero nunca negará sus servicios á un paisano.

Teodoro prosiguió.

—¿Paisano?... dijo el portero, y entónces le permitió su conciencia aceptar las diez monedas.

—En resumen...

—Luciano salió con aire satisfecho, y yo que sólo habia oído con gran riesgo la parte del diálogo que he referido, entré en la portería. «Acaba Vd. de hacer traición á su señora», exclamé sin más preámbulo; «se ha vendido Vd. por diez napoleones...» El portero, aterrado,

me interrogó con una mirada estúpida y sin acertar á disculparse. «Puedo perderle á Vd. por su mala accion, y lo haré si me calla Vd. algo de lo que aquí ha sucedido.» La severidad de mis palabras y las monedas de Luciano, que sonaron indiscretamente en un bolsillo del portero, decidieron á este último.

—Es Vd. impagable Teodoro, y su conducta merece una gratitud sin límites.

—¿Gratitud?... repuso el jóven algo descontento.

La vizcondesa en vez de contestar le dirigió una mirada llena de promesas: Teodoro, fascinado, olvidó al portero y á Luciano, y olvidándose de sí mismo se apoderó de una mano de Amelia. La criolla cerró los ojos como dominada por una corriente magnética; pero en realidad, para dejar en aquel momentáneo contacto que Teodoro absorbiese el peligroso fluido que se desprende sin cesar de toda mujer hermosa.

De repente Amelia separó la mano y tomó en el divan una postura más honesta, no sin aprovechar aquel brusco movimiento para enloquecer más á Teodoro y satisfacer su orgullo de cubana.

—Es Vd. un atrevido, dijo con voz áspera, y al mismo tiempo sus ojos fingían una languidez extraordinaria: si no tiene Vd. más prudencia, evitaré en adelante nuestras entrevistas.

Toda la dureza del lenguaje era suavizada por la dulzura y expresion de las miradas. Teodoro se contuvo; pero en vez de perderlas, aumentó sus esperanzas.

—Perdon, exclamó con voz humilde; la blancura de esa mano me disculpa; un santo, hubiera pecado.

—Ea, pues: no quiero que mis pobres manos sirvan de pretexto para esos arrebatos. Y Amelia las ocultó en los bolsillos de la bata. Ahora cuénteme Vd. el resultado de su entrevista.

—De lo más satisfactorio, respondió Teodoro con orgullo; el portero sabe que Herrera es madrileño y no le perdona su impostura, por lo cual seguirá fingiéndole adhesion y recibiendo las cartas destinadas á Clotilde: el miedo de perder su plaza le pone á mi servicio y me entregará todas las cartas...

—¡Oh! dijo la vizcondesa con alegría, es un triunfo completo, y por un impulso irresistible sacó una mano del bolsillo. Teodoro quiso aprovechar aquel instante de benevolencia; pero la mano desapareció rápidamente entre los pliegues del vestido.

—No he concluido todavía: el portero es hombre de palabra y en mi poder tengo la carta que hoy debía ser entregada á Clotilde.

—¿De veras? dijo Amelia sonriendo; pero quedando luego pensativa.

Teodoro no se hizo cargo de aquella ligera nube y sacó la carta con verdadera vanidad.

—Aquí la tiene Vd.

Iba á tomarla Amelia; pero se detuvo con coquetería: el jóven comprendió que el favor que solicitaba estaba ya acordado.

—¿Dónde la coloco? Añadió Teodoro al ver que la condesa no alargaba el brazo.

—Será preciso que la lea Vd. primero...

—Es una cita.

—Lea Vd.: lea Vd.: que soy curiosa.

«Clotilde:

Nos espian y no podemos vernos: el papel es mal intérprete de sentimientos que requieren á la vez espansion y reserva: necesitamos hablarnos sin testigos.

disgustado: vizcondesa, Vd. busca un pretexto para no alargar la mano y tomar el documento.

Amelia sonrió con dulzura.

—No puedo hacer semejante desaire á quien tantas molestias ha sufrido por mi causa.

Y extendió la mano, abandonándola á las apasionadas caricias del jóven.

—¡Teodoro! dijo Amelia con severidad: abusa usted de mi situacion, y se retiró con fingido rubor al otro extremo del divan, en donde tomó la postura más hábilmente combinada para embriagar á los incautos.

Al mismo tiempo tuvo buen cuidado de guardar la carta de Luciano Herrera.

Teodoro, cada vez más trastornado ante aquella diestra mujer, que excitaba con violencia sus sentidos, exclamó con acento lastimero.

—Pues, bien, Amelia, confieso que no puedo contenerme; pero repare usted que mis arranques están bien motivados. Ejerce Vd. sobre mí una influencia irresistible: ello es que nos conocemos hace poco tiempo, y en este corto intervalo ha variado mi existencia: por Vd. únicamente prosigo mis relaciones con Adela, que me son enojosas: porque Vd. lo exige, espío constantemente á Herrera y á D. Braulio: á riesgo de una sorpresa introduje á Vd. en la habitacion del primero para escuchar la entrevista de Carlota: con la seguridad de producir un conflicto, revelé al segundo los amores de su esposa: juego mi vida sin vacilar un sólo instante, y créalo usted, Amelia, soy cobarde, soy el hombre más tímido del mundo. ¿Cómo se explica este milagro? Fácilmente: he dejado de existir por cuenta propia: estoy dominado, absorbido por Vd., y siendo así, ¿puedo vencer la atraccion que me lleva hácia Vd.?

Aunque Amelia fingía escuchar, estaba distraída.

—Teodoro, dijo por fin, separémonos.

El pobre jóven abrió los ojos asustado.

—La he ofendido, exclamó interiormente, ha sido una indiscrecion hacer alarde de mis méritos.

—Mañana nos veremos á esta misma hora, añadió Amelia, y le exigiré á Vd. el mayor, pero acaso el último sacrificio.

Teodoro respiró: la vizcondesa lanzó un suspiro, y de sus ojos negros se desprendió un fluido ardiente y voluptuoso.

—El hombre nada arriesga cuando ama, y la mujer lo arriesga todo, prosiguió la dama: nosotros no podemos entregar el corazon sin exigir pruebas evidentes de cariño.

—Y ¿duda Vd. todavía? dijo Teodoro con reconvenccion.

—Mañana saldré de esas dudas, respondió Amelia levantándose.

—¡Me ama! ¡Me ama! repetía Teodoro mientras bajaba la escalera.

(Se continuará.)



LISBOA EN 1870.—ESTÁTUA ECUESTRE DE DON JOSÉ I, EN LA PLAZA DEL COMERCIO *.

¿Cómo burlar la vigilancia de todos? La manera es sencilla: haciendo lo que nadie jamás sospecharía.

¿Me darás esta prueba de amor?

No te la exigiría, á no ser porque en ella está envuelta nuestra felicidad.

Pero... es necesaria.

Si no quieres nuestra desgracia, acude al Teatro Real mañana á las dos de la noche, cuando todos duermen, porque te espero en el palco principal núm. 3. Tu criada es fiel y puede acompañarte.

Te espero: ten valor y confianza.

De lo contrario, ¿cuándo podremos vernos si por todas partes nos espian? Y desde que nos espian te quiere cada vez más,

LUCIANO HERRERA.

La vizcondesa reflexionaba.

—¿Y bien? dijo Teodoro interrumpiendo sus pensamientos.

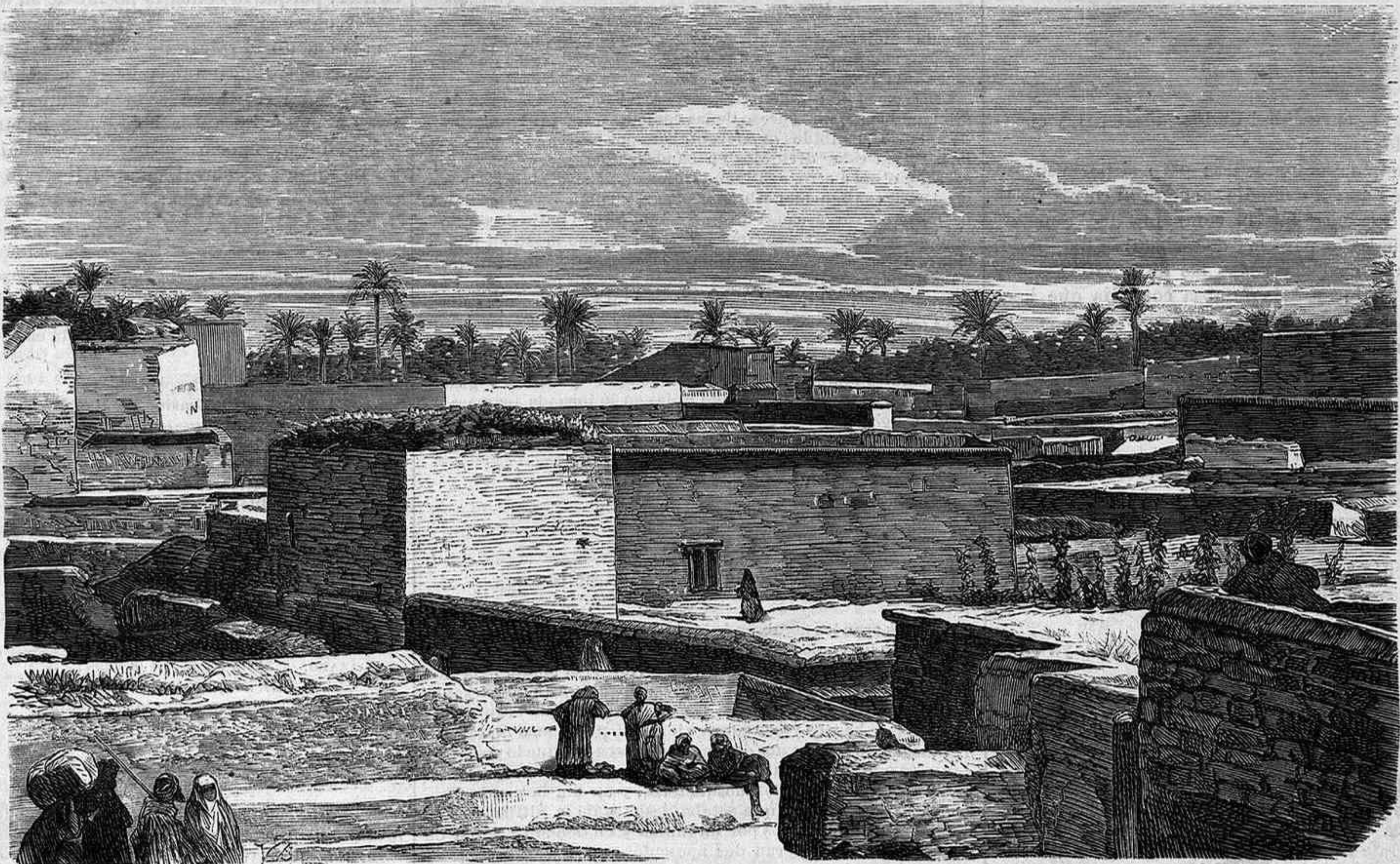
—Creo, respondió Amelia, que Luciano pretende una locura, y en interés de la pobre Clotilde debemos evitar que la carta llegue á sus manos.

—Es decir... que debo romperla... repuso Teodoro

* Véase en el número anterior el artículo II de la serie que hemos empezado á publicar bajo el epígrafe de Lisboa en 1870.



EL AGUADOR AMBULANTE.—TIPO MARROQUÍ.



UN ARRABAL DE LA CIUDAD DE MARRUECOS.

Madrid, centro de riqueza, de inteligencia y actividad, ni se acometen empresas semejantes, ni siquiera se ayuda á los que tratan de llevarlas á cabo sin más recursos que los escasos que ofrece una poblacion secundaria.

En el extranjero hemos visto más de una vez levantar estatuas y dedicar memorias monumentales á personajes relativamente modestos y oscuros por corporaciones ó ciudades aisladas, que han recibido directamente el beneficio ó la gloria de las acciones, ó el nombre de aquel á quien pagaban agradecidos un tributo de admiracion; pero siempre que se ha tratado de héroes ó de glorias nacionales, que ya no pertenecen á esta ó aquella localidad, el país en masa, el Estado, en representación del país, ha tendido siempre una mano protectora á los iniciadores de la idea, cuando él mismo no ha tenido la fortuna de iniciarla.

Nadie que conozca, siquiera sea ligeramente, los detalles de la asombrosa epopeya de la guerra de la Independencia española, realizada á principios del siglo, ha dejado de pagar un alto homenaje de admiracion á los inmortales defensores de Gerona, entre los cuales descuella, magnífica como la de un héroe homérico á quien la compara el mejor de sus historiadores, la figura de D. Mariano Alvarez.

Tan evidente fué el extraordinario sacrificio que realizó en aras de la patria, peleando achacoso y enfermo hasta que se vió envuelto en las ruinas de la plaza encomendada á su custodia y muriendo al fin víctima de una miserable venganza en el oscuro calabozo del castillo de Figueras, que primero por una ley hecha en Cortes y más tarde por un decreto del rey D. Fernando VII, por dos veces se acordó erigir un monumento que recordara á las generaciones venideras el heroísmo de este mártir.

Pero es achaque de todas las cosas de España helarse la idea ántes de llegar á la ejecucion. Bastantes años despues de acordarse por las Cortes y el monarca la creacion del monumento, el general Castaños, de su bolsillo particular, tuvo que costear la lápida que, incrustada en los muros de su calabozo, recuerda el nombre de Alvarez. Hasta una época muy posterior, la iniciativa local, reuniendo algunos medios, no ha podido emprender los trabajos preliminares para satisfacer una deuda de honra contraída por el país entero hácia los que se sacrificaron por su independencia.

Aprobado el proyecto del sepulcro que ha de contener los restos de Alvarez, la comision, dando en esto señalada prueba de inteligencia, encomendó la estatua monumental al distinguido escultor, hijo de Gerona, D. Juan Figueras, ya ventajosamente conocido por las muestras de talento que ha dado en diferentes obras, y del cual hemos tenido ocasion de ocuparnos en las columnas de LA ILUSTRACION, á propósito de la magnífica escalera hecha en la casa de los duques de Sesto.

El Sr. Figueras ha realizado el pensamiento de la comision, dándole una forma sencilla y grave. La ciudad de Gerona, que sirve de remate al monumento sepulcral, deposita una corona de laurel sobre la urna del héroe, coronando, al coronar con el emblema de la inmortalidad al que es su personificacion, á todos los mártires de aquellas gloriosas jornadas. Como expresion de una idea, es de alabar la sencillez y nobleza de la estatua. Como ejecucion, basta decir que es digna ó acaso superior á cuanto ha producido el inteligente cincel del señor Figueras.

Al reproducir en nuestras columnas esta notable obra del arte moderno español, felicitamos sinceramente á los hijos de la noble Gerona, que han podido encontrar en un paisano digno intérprete de sus sentimientos de patriotismo, reuniendo en un sólo monumento dos títulos de gloria para la ciudad: el del héroe á quien se consagra y el del artista que lo ha ejecutado. Grandes han sido las dificultades materiales con que ha tenido que luchar, y no son por cierto pequeñas las que ha de vencer todavía ántes de realizar su propósito, en el que le aconsejamos no desmaye. El general Alvarez, que nació en Granada, que es una gloria militar, que legó su nombre y su título nobiliario á ilustrados descendientes, que es, en fin, un héroe nacional del que todos podemos enorgullecernos, tendrá al fin sepulcro digno de su memoria, pues continuando abierta la suscripcion para acabarlo en su ciudad natal, entre los jefes del ejército, entre sus descendientes, en España entera, se encontrarán sobradamente recursos.

INAUGURACION

DE LOS TRABAJOS DEL CANAL DE CINCO VILLAS, EN ARAGON.

Invitada la prensa madrileña á asistir á la inauguracion de los trabajos de esta importantísima obra, en las columnas de los periódicos diarios han podido ya encontrar nuestros habituales lectores relacion circunstanciada de la ceremonia, de las personas notables que concurrieron á ella y de los elocuentes discursos que se pronunciaron.

Publicaciones que se dedican exclusivamente á tratar del desarrollo de los intereses materiales, han elogiado con justicia el pensamiento de esta empresa, que triplicará los productos de una hermosa comarca; otros escritores se han extendido en consideraciones sociales y políticas acerca de las ideas vertidas en los diferentes é importantes discursos pronunciados por algunos de los asistentes. LA ILUSTRACION DE MADRID, que tambien mereció á la empresa constructora la distincion de ser invitada, cree completar el cuadro que ya han trazado sus colegas, reproduciendo la parte pintoresca del acto, que por el lugar en que se verificó y la originalidad y carácter de los tipos del país, ofrecia sin duda ancho campo al estudio y la observacion del artista.

Uno de nuestros grabados presenta la vista general del sitio en que se celebró la ceremonia, situado al pié de unas colinas y en la hermosa llanura próxima á Tauste. En el otro hemos tratado de dar idea del contraste que ofrecian, al llegar reunidos al punto de la cita, los invitados de la ciudad y los robustos campesinos con sus trages pintorescos y sus actitudes resueltas y gallardas.

Antes de dejar la pluma, daremos nuestros más sinceros parabienes á la empresa, que al mismo tiempo que realiza un importante negocio, hace un bien imponderable á una de las más hermosas provincias de España. Y muy particularmente ofrecemos pública muestra de nuestra admiracion al Sr. D. Antonio Lesarry, doctor en Ciencias y catedrático de la Universidad de Zaragoza, á quien se deben la idea y los primitivos estudios, y que con una fé y constancia admirables ha luchado durante veinte años contra todo género de dificultades, hasta verlo en vías de ejecucion.

EL BRIGADIER CHINCHILLA.

El jóven y bizarro brigadier D. José María Chinchilla, cuyo retrato ofrecemos hoy á nuestros lectores, y que tan justas y merecidas simpatías ha despertado recientemente, así en la isla de Cuba como en la Península por su heroico comportamiento durante la lucha que en aquel país sostienen nuestras armas, empezó á servir el año 1855, siendo ayudante de campo del duque de la Torre, á cuyo lado estuvo durante las jornadas de julio del 56, por lo que obtuvo la cruz de San Fernando.

A los pocos meses fué ascendido á teniente por antigüedad. El año 59 marchó con el general Serrano á Cuba, de capitán, fué á Santo Domingo durante la anexion, y á Méjico con el general Prim. Entónces se le concedió el grado de comandante. Vuelto á la Península en el momento que se declaró la guerra á Santo Domingo, pidió voluntariamente ser á ella destinado, siendo el general Lersundi ministro de la Guerra. Este quiso hacerlo comandante; pero Chinchilla no aceptó el ascenso para quedar en libertad de volver á la Península al terminar la campaña. Asistió á varias acciones de guerra, entre ellas la de Monte-Cristi y Puerto Plata. Habiéndose designado el empleo de comandante para el capitán que más se hubiese distinguido, y señalado Chinchilla por sus compañeros como acreedor en primer término á esta recompensa, lo renunció en favor del más antiguo de su clase. Al final de la campaña fué ascendido á comandante.

En 1866 y siendo otra vez ayudante del general Serrano, asistió con éste al ataque del cuartel de San Gil, donde entró al mismo tiempo que el coronel Salcedo. Su comportamiento allí fué brillante. Despues se le dió el mando de una columna, con la que contribuyó á dominar la insurreccion.

En la calle del Pez le hirieron el caballo que montaba. Tomó otro para ir á los barrios bajos, que cayó acribillado á balazos en la calle de Cañizares. Por estos hechos fué ascendido á teniente coronel.

En la revolucion del 68 se puso al frente de la guarnicion de Santoña en el momento que tuvo noticias de la llegada á Cádiz de los generales desterrados en Canarias, embarcándose con ella para Santander, donde rechazó las tropas que al mando del general Calonge atacaron aquella ciudad. La junta de Santander lo promovió al empleo de brigadier; pero Chinchilla no aspiraba más que á mandar el regimiento de Isabel II, despues de San Quintín; lo hizo así saber á los generales Serrano y Prim, y sólo se le concedió el empleo de coronel y el mando del regimiento.

Como á Santo Domingo, tambien pidió voluntariamente ir con su regimiento á Cuba, donde ha asistido durante catorce meses á numerosas acciones de guerra.

En la última en que tomó parte, despues de distinguirse notablemente, tuvo la desgracia de ser herido de un balazo, que le entró por el costado derecho y le salió por el izquierdo. Sólo su privilegiada naturaleza pudiera haber resistido una herida calificada de mortal en los primeros momentos. Las más recientes noticias de la Habana, donde habia llegado á restablecerse, son satisfactorias. A su llegada á aquel punto habia sido objeto de una entusiasta acogida, visitándole é interesándose en su salud la parte más distinguida de la poblacion.

El Gobierno, en premio de sus servicios de guerra, le ha ascendido á brigadier, comunicándole así por el cable.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		EN COMBINACION CON EL IMPARCIAL.	
Tres meses.	22 ps.	EN MADRID.	
Medio año.	42 »	Tres meses las dos publicaciones.	28 ps.
Un año.	80 »	Medio año.	52 »
EN PROVINCIAS.		Un año.	100 »
Tres meses.	30 »	EN PROVINCIAS.	
Seis meses.	56 »	Tres meses.	52 »
Un año.	100 »	Medio año.	90 »
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.		Un año.	170 »
Medio año.	85 »	EN PROVINCIAS.	
Un año.	160 »	Tres meses.	52 »
AMÉRICA Y ASIA.		Medio año.	90 »
Un año.	240 »	Un año.	170 »
Cada número suelto en Madrid.	4 »	CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
		Medio año.	200 »
		Un año.	360 »



Solucion del jero glífico publicado en el número anterior:

PARIENTE QUE NO LUCE Y OCHILLO QUE NO CORTA, QUE SE PIERDA POCO IMPORTA.

IMPRESA DE EL IMPARCIAL, PLAZA DE MATUTE, 5.